

DESAFÍOS Y PROYECCIONES PARA LA EDUCACIÓN  
PÚBLICA EN EL CHILE DE LAS PRÓXIMAS DÉCADAS

*Michelle Bachelet Jeria*

## MICHELLE BACHELET JERIA

Médica cirujana y pediatra de la Universidad de Chile. Militante del Partido Socialista desde sus tiempos universitarios. Fue ministra de Salud y de Defensa Nacional durante el gobierno de Ricardo Lagos, siendo la primera mujer en ocupar este último puesto, así como el de Presidenta de Chile, cargo que ejerció entre 2006 y 2010, y luego entre 2014 y 2018. Asimismo, fue la primera presidenta pro tempore de Unasur y directora ejecutiva de ONU Mujeres. En 2018, fue nombrada Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, función que ejerció hasta 2022. En 2018 creó la fundación Horizonte Ciudadano.

## DESAFÍOS Y PROYECCIONES PARA LA EDUCACIÓN PÚBLICA EN EL CHILE DE LAS PRÓXIMAS DÉCADAS

Pocas instituciones tienen un vínculo tan profundo con el avance de la República de Chile como la universidad fundada hace 180 años. De la mano del ímpetu creador de la Independencia nació la que sería, con el tiempo, una de las instituciones que ayudó a construir su soberanía. Quienes asumieron la tarea de liderar la nueva patria entendieron, rápidamente, que para tener las riendas de nuestro destino se requería imaginar, formar y convocar desde un proyecto educativo nacional.

Las luces, la libertad y el vuelco de los esfuerzos hacia el progreso nacional dieron inicio a una larga ruta. Cómo no maravillarse con la claridad con la que Andrés Bello dio forma al programa educativo, en su discurso fundacional:

todas las verdades se tocan: desde las que formulan el rumbo de los mundos en el piélagos del espacio; desde las que determinan las agencias maravillosas de que dependen el movimiento y la vida en el universo de la materia; desde las que resumen la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica que pisamos; desde las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia, hasta las que expresan las acciones y reacciones de las fuerzas políticas; hasta las que sientan las bases incommovibles de la moral; hasta las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los gérmenes industriales; hasta las que dirigen y fecundan las artes. Los adelantamientos en todas las líneas se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan. (Bello, 1843, P. 141)

Con este sello humanista, la primera «casa de estudios generales» ha atravesado décadas de retos, revoluciones culturales y tragedias desde un lugar de responsabilidad: la que le otorga ser un espacio de encuentro de todos y todas quienes deseen poner sus talentos y capacidades al servicio del país. Ayer y hoy, su misión —a la que luego se sumarían otras instituciones— ha sido la de educar.

Es por ello que resulta tan relevante reflexionar sobre esta misión educativa, en momentos en que Chile se adentra en un tercer siglo de vida republicana marcado por interrogantes y aprendizajes que no terminan de consolidarse. Si no logramos situar adecuadamente los desafíos y proyecciones de la educación pública para el futuro en curso, Chile estará doblemente a la deriva: junto con

arrastrar las deudas de nuestro actual sistema educativo, tendremos brechas adicionales a la hora de dar a la educación el lugar que le corresponde en nuestro desarrollo, en un mundo de cambios bruscos.

En definitiva, cualquier proyecto surge desde las respuestas que formula y aporta la educación. Ya sea en el siglo XIX, XX o XXI, la decisión sobre el tipo de sistema educacional que necesitamos como país radica en lo que queremos compartir como base y como horizonte.

Reflexionar sobre estos interrogantes va más allá del valor utilitario —y muchas veces reductor— que se le asigna a la educación. En primer lugar, porque habría que preguntarse: ¿qué nos dice la educación sobre los modos en que concebimos nuestra identidad? Pocas veces nos cuestionamos sobre el espacio que le da el sistema educativo a comprender lo que somos y lo que podemos ser. Como en todo proceso acumulativo del conocimiento, esta pregunta debe llevarnos a revisar los límites existentes. Las formas de exclusión de grupos completos de la población han ido quedando atrás. Chile ha ido cerrando brechas con los sectores empobrecidos, con las mujeres, con el mundo rural, con los pueblos originarios. Por cierto, estos avances no significan que no existan tareas pendientes: seguimos con una enorme distancia en acceso y calidad, por las diferencias de ingreso o por el lugar de residencia; seguimos muy atrás en el reconocimiento e incorporación de la diversidad cultural, tanto de los pueblos originarios como de las poblaciones migrantes. Sí, esa misma migración que trajo a Andrés Bello desde Venezuela. Cualquier intento de proyectar un modelo educativo debe partir por reconocer esta diversidad fluctuante y la necesidad de dar cabida a identidades plurales.

Una segunda pregunta nos desafía: ¿cómo darnos el marco y las herramientas para convivir mediante la educación? La posibilidad de encuentro y de confiar en soluciones pacíficas para resolver nuestras diferencias es también una reflexión sobre los modos de educar. Es en las aulas, en los patios y gimnasios de la formación preescolar, escolar y universitaria donde aprendemos a socializar, a estar con otras personas, a aceptar la alteridad y las normas que permiten la convivencia. Es en el contacto con los «otros» y «otras» que incorporamos la formación ciudadana y las responsabilidades colectivas. La educación remite a la decisión, que tiene toda sociedad, de escoger qué normas transmite y enseña a valorar. El tipo de ciudadanía que se busca promover es también una pregunta de gran vigencia en momentos de debilitamiento de lo común y de banalización de los límites que resguardan el espacio público, con sus libertades y derechos tan difícilmente conquistados. Por cierto, la cultura de derechos humanos también se construye en este contacto cotidiano; en la confirmación mediante contenidos, gestos, referentes. Si la misión de educar renuncia a promover una

mirada clara sobre la dignidad humana, seguiremos presos de la opción de repetir barbaries pasadas.

Una tercera pregunta sobre la cual debemos interrogarnos: ¿qué instrumentos creamos y ofrecemos para la realización individual y la obtención de seguridades? Esta dimensión es probablemente la que más se conoce. Esto es, la educación entendida como adquisición de un instrumental para desenvolverse en el mundo laboral y como un espacio para empezar a desarrollar proyectos de vida. La educación es todo eso y más: es la gran llave de acceso al futuro que se elige. En palabras de Amanda Labarca (1943), esta debe ayudar a cada estudiante «a crecer, multiplicarse y progresar, para lo cual, fundamentalmente es preciso habilitarse para vivir, subsistir, convivir, crear y creer» (p. 60). Vemos que aquí surge, sin duda, otra de las preguntas fundamentales: ¿cómo logramos cumplir con este conjunto de propósitos? Y la respuesta se encuentra desde la protección a las condiciones materiales de enseñanza de las y los estudiantes, de los equipos docentes y directivos; hasta la promoción del valor del trabajo, y la transmisión de las técnicas y competencias que respondan, mayormente, a las posibilidades laborales. Sin embargo, está lejos de ser evidente que la educación sea el espacio para poder «crear y creer». Por lo tanto, también es una pregunta que debe invitarnos a examinar cuán lejos estamos de garantizar cada posibilidad individual y colectiva.

Estos interrogantes, entre otros, nos recuerdan que la mirada integral es la única que permite acercarnos al potencial que pone a disposición la educación. Pensar solamente en números acumulados, en capital y en inversión, es desconocer esta amplitud de posibilidades que son, finalmente, el resultado del proceso creativo del ser humano.

Focalizar o centrarse en aspectos puntuales resulta, muchas veces, necesario; lo que ha dado origen a un gran trabajo legislativo desde la recuperación de la democracia. Del mismo modo, Chile ha logrado importantes avances en áreas como: infraestructura; condiciones laborales de docentes; ampliación de los años de obligatoriedad escolar; construcción pública y privada para dar mayor acceso en todas las regiones en educación preescolar, escolar, universitaria y técnico-profesional; reducción de la carga de pago de las familias; innovación; e inversión en ciencia, tecnología y desarrollo. Ha habido esfuerzos y resultados, errores y aciertos, soluciones parciales y otras mucho más completas.

En definitiva, hemos buscado inscribir nuestro progreso nacional en una senda de convergencia con las necesidades del sistema educativo. Hay muchas razones que explican por qué no ha sido un objetivo totalmente alcanzado y por qué seguimos cargando pesadas deudas. Sin embargo, es importante insistir en que nuestro reto no termina allí: también debemos anticipar las tareas que

trae el presente. La educación debe concebirse, más que nunca, como respuesta a caminos que se van abriendo insospechadamente. Los cambios de escenario demandan aquella capacidad de adaptación tan propia de nuestra especie. Y la educación es parte central de ese atributo.

Paradójicamente, pese a todos los asombrosos progresos humanos que hemos experimentado en periodos cada vez más estrechos, nos sigue siendo difícil aceptar los cambios y sus consecuencias.

Tomemos dos casos emblemáticos. Como planeta y como país, estamos saliendo de una dura prueba —la pandemia— a la vez que seguimos inmersos en una crisis como ninguna otra —el calentamiento de las temperaturas promedio de la tierra—. Ambos fenómenos han tocado directamente nuestra capacidad de reaccionar ante algo tan elemental como la supervivencia.

Con la pandemia del covid-19 experimentamos el alto precio de la paralización de nuestras actividades normales. Las sociedades —y en particular sus liderazgos— se encontraron de frente con una pérdida de control que no conocíamos. Hubo mucho tiempo para sacar lecciones. Los límites impuestos por la pandemia parecían el mejor antídoto para hacernos reaccionar y cambiar nuestras formas de abordar el trabajo, el costo de las restricciones, los sistemas de salud y, por cierto, la educación. Comprendimos la importancia de contar con una sociedad protectora, expresada en cuidados y equidad. No obstante, también vimos, apenas terminada la fase más aguda de la pandemia, la persistencia de nuestras costumbres más nocivas. Volvimos a la «normalidad pre-pandemia» con alivio, pero sin ganar grandes aprendizajes de lo vivido.

El cambio climático, en tanto, también nos ha hecho sentir la angustia de perder el dominio sobre la naturaleza. Lo que parecía adquirido desde la Ilustración se desvanece hoy ante la fuerza destructora de la misma naturaleza que hemos maltratado. Hemos destruido el equilibrio que sostiene el mundo que habitamos y la consecuencia ha sido dramática. La noción misma de desarrollo —asociada a un crecimiento infinito, a una explotación sin límites de los ecosistemas y a un consumo desmesurado— nos ha pasado la cuenta. Pero, nuevamente, el peso de seguir gozando de ciertas comodidades es mayor que la conciencia de modificar las maneras de producir, consumir y transportarnos. Parece una fatalidad que nuestra fuerza creadora y de transformación del mundo no sirva para cambiar nuestros propios comportamientos.

El tipo de educación que queremos proyectar es, por lo tanto, una invitación a pensar en aquello que buscamos preservar y aquello que buscamos erradicar. Pensar en la educación es pensar en los trayectos que nos quedan por recorrer. En ese contexto, las instituciones educacionales —sean preescolares, escolares, universitarias o técnicas— tienen sus propios interrogantes. Su rol debe ser

abordado, por lo tanto, desde el necesario prisma de la adaptación a la sociedad que acompaña en su desarrollo.

En consecuencia, proyectar el rol al que están convocadas las universidades lleva a preguntarnos cuán permeables son estas instituciones a las transformaciones y cuán capaces son de reinventarse ante escenarios evidentemente diferentes a los que le dieron origen.

Este rol es aún más exigente en el caso de las universidades públicas. Como organismos destinados a acompañar y apoyar los avances de la República, les corresponde fijar los estándares para el conjunto del sistema.

Eso requiere, por un lado, que se establezcan, en el nivel universitario, los criterios de lo deseable en las formaciones, en la vinculación con las realidades territoriales, en la aproximación a la ciudadanía y en el compromiso con las agendas de transformación para el bienestar general. El sostén de lo público viene del esfuerzo del erario nacional; la relación contractual es, consecuentemente, más demandante que con las otras instituciones. Además, fijar estándares también se relaciona con el trato a trabajadores y estudiantes, y con los modelos de gobernanza interna, tal como lo ha asumido la Universidad de Chile en gran parte de su historia.

Por otro lado, lo común requiere que la universidad pública sea siempre una voz potente en el debate sobre estas decisiones. La conversación nacional y la distribución de los puntos de vista ganan legitimidad en la medida que exista información veraz, que el conocimiento y la ciencia aporten los datos de base y que no se silencie a ninguna voz. Y, especialmente, mediante algo que en todas las historias independentistas quedó marcado con fuego: que exista espacio para el espíritu crítico, para la interpelación, y para someter a las decisiones de los poderes centrales a la evidencia y la opinión.

Por supuesto, esto nos lleva a la contrapartida de estas exigencias: es la comunidad nacional la que debe asegurar que la educación pública cuente con lo necesario para dar cumplimiento al rol mandatado. Apostar por una educación pública que opere como referente conlleva, sin duda alguna, a que se brinde un acompañamiento a la altura de lo demandado; es decir: recursos, cabida en la toma de decisiones, políticas institucionales flexibles, normas habilitadoras.

Pero hay algo más: debe existir un consenso respecto de este rol. La educación pública solo es posible si hay acuerdos transversales y de largo plazo. Es lo que han comprendido a tiempo en Escandinavia y en algunos países de Asia. El corto plazo, que tanto nubla la toma de decisiones políticas, es el peor obstáculo a vencer.

¿Qué podemos concluir? Que el debate educacional está siempre abierto y es un campo de exploración que debemos abordar como sociedad. Hoy,

más que nunca, estamos llamados a pensar la educación, sus desafíos y sus proyecciones, desde el prisma inevitable de la adaptación. Este giro no puede ser una propuesta particular, restringida a debates de pocos expertos: debe, más bien, dar lugar a un genuino esfuerzo nacional, a horizontes claros. Debe permitir repensar nuestras instituciones con prioridad, ciertamente, en la universidad pública como base de las orientaciones. Si aceptamos esta realidad, estaremos en condiciones de imaginar y construir un futuro compartido, con el acompañamiento y las exigencias correspondientes.

## REFERENCIAS

- Bello, A. (1843). Discurso pronunciado por el Sr. Rector de la Universidad de Chile, D. Andrés Bello, en la instalación de este cuerpo el día 17 de septiembre de 1843. *Anales de la Universidad de Chile* N°1, pp. 139-152. Disponible en: <https://www.uchile.cl/presentacion/historia/discurso-inaugural>
- Labarca, A. (1943). Bases para una política educacional. En Sagredo, R., ed., (2011), *Bases para una política educacional. Amanda Labarca Hubertson*. Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile y Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Disponible en: <http://www.memoriachilena.gob.cl/archivos2/pdfs/MC0076572.pdf>